

Palabras del Dr. Pablo González Casanova*

Sr. Rector
Honorable Presidium
Maestros, estudiantes
Señoras y señores

La idea de vincular a América Hispánica es vieja como la independencia de los países hispanoamericanos. Ha tenido, sin embargo, tan profundos cambios a lo largo de estos ciento cincuenta años, que un estudioso atento de la situación contemporánea, no puede ni debe mezclar indiscriminadamente los conceptos bolivarianos con las actuales ideas y posibilidades.

La ideología latinoamericana refleja fielmente la historia de los países en que fecunda: su estado de aislamiento y de acercamiento, su falta y logro de madurez política, su situación colonial e independiente, su estancamiento y progreso económico y por ende sus frustraciones e ideales. La posibilidad de hacer una política propia a estos países nuestros, en bien de estos países, si remota e irreal se refleja en el autismo o la desesperación ideológica y si cercana influye decisivamente en el razonamiento político, haciéndolo más práctico y racional.

A grandes rasgos la idea de un acercamiento latinoamericano ha atravesado por tres principales etapas: hay una errabunda y utópica, también cargada de la inocencia de estos países, cuando a raíz de su liberación de España y Portugal piensan que la meta y la realidad, que el pensar y alcanzar, no presentan un problema pavoroso ni encierran tropiezos fundamentales. En ella Bolívar pone el sello

de su genio político. Hay otra romántica y defensiva, en que las heridas de los pueblos latinoamericanos, ya independientes, recibidas de las grandes potencias, los colocan en estado de alerta. Los invitan a unirse para defenderse, a negar el mundo agresivo mediante la vinculación de los países agredidos y esta actitud coincide y se empapa de las corrientes literarias y filosóficas de romanticismo, oscilando entre las luchas más amargas, desesperadas, y la rabia poética y literaria de un Darío. En esta etapa los buenos internacionalistas y embajadores recogen el sentido defensivo en sus actos políticos siempre que están vinculados a la idea latinoamericana y es también por entonces cuando parten los "grandes embajadores espirituales" como los mexicanos Nervo, Urbina, Caso, Vasconcelos, Urueta, González Martínez, Reyes. Esta etapa llega hasta nuestros tiempos, decayendo visiblemente en la Segunda Guerra Mundial, en que los pueblos latinoamericanos se retraen y vinculan con pobreza entre sí fortaleciendo en cambio, frente al fascismo, la idea del panamericanismo.

Hoy, no creo equivocarme si digo que entramos a una tercera etapa de la idea de unión latinoamericana. En ella México ocupa un lugar primordial, a invitación de otros países hermanos, y se acerca a ellos, huésped de ellos, en diálogo fácil, lleno de conceptos que nos son comunes, de entendidos, de ideas precisas. Esta tercera etapa ya no es utópica ni inocente, ni accidental o de difícil comunicación, ya no es meramente defensiva y esboza con claridad la superación de un resentimiento emocional; ya no es tampoco romántica, ni está reclusa sólo en los cenáculos literarios o las embajadas poéticas. Es una etapa en que se intenta crear una política latinoamericana usando instrumentos concretos para el



desarrollo de esta región natural, instrumentos tan concretos como la estabilización de los precios de las materias primas en el mercado mundial, la reducción de tarifas arancelarias para un mayor intercambio de los productos latinoamericanos, el establecimiento de las bases para un mercado común, la mejoría de las relaciones de intercambio con las grandes potencias, el apoyo efectivo a los regímenes efectivamente democráticos —única forma de que nuestros pueblos se puedan desarrollar—, la formación de grupos regionales de presión que influyan en la política mundial y en las negociaciones internacionales, la forma de acuerdos y tratados de cooperación técnica y científica y de acuerdos de intercambio cultural cuya realización debe alcanzarse y organizarse, y en fin, el abandono de las innecesarias fórmulas emocionales, y rígidas de acción política y la intensificación de las formas racionales y realistas que son las que en efecto permiten crear el poder, incrementar y ejercer el poder. Tal parece en síntesis el signo de la tercera etapa de la política latinoamericana, reflejo del desarrollo de nuestros pueblos y de la relación de fuerzas en la política

mundial. Y bajo este signo, nada más indicado para los intelectuales de nuestros países que estudiar, investigar y analizar las condiciones sociales, económicas, políticas, culturales, de la región natural de América Latina y nada más necesario que la creación de un Centro que realice esta tarea en el seno de las aulas universitarias, con la seriedad y el rigor que éstas imponen, con las metas racionales y científicas que exigen.

Al fundar el Centro de Estudios Latinoamericanos, la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales intenta acompañar intelectualmente y unirse en el terreno de la cultura a la etapa histórica que vive hoy América Latina. Con el Centro de Estudios Latinoamericanos realiza así una idea y un ideal que son originales de muchos universitarios y lo realizan en un momento en que más que nunca, más aún que cuando lo dijo el propio Reyes, “nuestras repúblicas cobran sentido de su responsabilidad conjunta, e imponen a los azarosos impulsos nacionales, después de las normas de organización interna, los imperativos coordinadores de una esperanza común”.